

El desembarcadero de la «marquesina»



En el mismo lugar donde el puerto se funde con la ciudad, la vieja «marquesina» eleva su anacrónica y metálica estampa. A la sombra de la apagada farola—la misma que por vez primera se encendió el 31 de diciembre de 1863—la «marquesina» del puerto de Santa Cruz cumple, como siempre, su misión humilde de embarcadero y desembarcadero y, al mismo tiempo, de punto de reunión de todos los hombres de la mar y los barcos que por sus alrededores transitan, han transitado en el correr de los años.

Ha sufrido las vicisitudes del desarrollo portuario. Fue concebida como punto y lugar para las antes citadas operaciones—eran años del carbón y barcos fondeados a la gira—así como para que por aquella zona del puerto se llevase a cabo cierto tráfico de mercancías.

Era la época del «pescante», no del que se ve en el grabado que encabeza estas líneas, sino del que, más arriba, era casi límite para el calado de las embarcaciones que entonces constituían el llamado «tren de lanchas». Embarcaciones muy marineras, salidas todas ellas de las gradas improvisadas en las playas de aquel Santa Cruz abierto totalmente a la mar, tenían a su cargo el traslado al muelle de las mercancías que los «steamer» y veleros descargaban en ellas mientras, proa al viento reinante, realizaban sus habituales tareas fondeados a la gira.

Era la época de poco muelle y muchos barcos.

Era la época de un Santa Cruz—mejor: un Tenerife—en franca y total superación y desarrollo.

El desembarcadero era y es historia. Por allí se llevó a cabo el desembarco del grupo que mandaba Nelson y ahí está—plasmado en piedra y casi desconocido por todos—la señal de un impacto artillero en la roca que forma un sillar de su muralla. La piedra rota, herida, muestra sin lugar a dudas que fue desde el desaparecido castillo de San Pedro—el que llegó a nuestros días convertido en cuartel de Ingenieros—desde donde se hizo el disparo que dejó su señal en el balsto.

El grabado no muestra aún la estructura metálica de la «marquesina». Si uno de los pescantes o pequeñas grúas móviles que también hasta nosotros llegaron. Y que si no prestaban ya servicio, si en cambio eran punto de cita y juego de aquella chiquillería entonces enamorada de la mar y los barcos que sesteaban, tranquilos, al abrigo del muelle Sur.

De allí la mirada se extendía hacia un Santa Cruz—recostado en la playa y sediento de brisas—que a la vista está. Los almacenes de la firma Ruiz Arteaga y, a la izquierda, apenas adivinado, el recio castillo de San Cristóbal. Y de aquella explanada se pasaba a un Santa Cruz comercial por las estrechas, rectas calles, suficientes para el tráfico de entonces.

Abajo, la orilla casi del mar, quedaba la Capitanía del Puerto, la Dirección de Sanidad, la Pescadería y los tinglados que—hace exactamente un siglo—construyó la Junta de Comercio al costo de 13.098 pesetas.

La vieja Aduana completaba por el Sur el aspecto de la zona mientras que, por el Norte, la limitaban la celaduría de Puertos Francos, caseta de Consumos, los antes citados almacenes y la casa del torrero.

La actual realidad espléndida de la calle del Tigre, la antes vieja y jorobada, se adivina—como era hasta hace pocos años—tras la verde arboleda de la Alameda, la obra del marqués de Branciforte en 1787.

Nada queda ya de aquellas antiguas casonas, con tocado de humildes tejas canarias, que daban sombra, calor y vida, a las viejas calles marineras del Santa Cruz que fue, que aún es.

Enmarcada entre las de San Francisco y Marina, la calle del Tigre parecía compartir el ambiente que caracterizaba ambas entonces importantes vías. La primera, con el viejo balcón canario apuntando a los lejanos Toscales, dormía sueños de años. Y aún hoy nos parece guarda entre sus pétreos adoquines, repiques de férreas herraduras y rumores de landós y coches de punto.

En la paz de la plaza—la aguja de San Francisco pone su estampa característica—bendecida por canción lenta de campanas, se refleja la misma tranquilidad, sosiego, que otra nuestra ciudad—la Santa Cruz palmera—goza a orillas del mar que la acuna con eterna canción.

De este ambiente sosegado parece estar empapado este Santa Cruz de ayer. La estampa del carro canario en aquel su constante ir y venir y, al fondo, aguantándose sobre los remos, una ballenera a la espera. Luego, seguro, en boga arrancada saldría hacia el barco que, fuera de la bocana, esperaba su llegada y, quizás, el despacho para hacerse a la mar.

La «marquesina» llegó a nuestros días con aire y ambiente puramente marinero. En su último tramo, casi donde hoy se abre la negra boca del pontón de saneamiento y desagüe, unos pescantes de pico de ganso—entonces clásicos en todos los barcos que cruzaban la mar—se alzaban sobre la pétreo baranda. Y de ellos colgaban, trincados a son de mar, los botes del servicio. A nuestros días llegaron los pescantes. Tristes. Solitarios. Eran como interrogantes metálicos que se reflejaban sobre la mar y a ella preguntaban el por qué de la marcha, para siempre, de sus aparejos y de aquellos sus valientes dos proas.

Hoy la «marquesina» guarda ecos de salvas que, en tiempos ya idos, saludaban el arribo a Santa Cruz de escuadras y personajes reales. Por ella desembarcaron el príncipe de Gales—luego Jorge V—, el príncipe Alberto de Mónaco, el rey Jaja de Opopo, Alberto de Bélgica, Alfonso XIII...

... de Mónaco, el
... de España, Alberto de Bélgica, Alfonso XIII...

Marinos que hoy ocupan lugar destacado en la Historia— así, con mayúscula—también pisaron tierra tinerfeña por vez primera en el humilde desembarcadero donde aún canta y ríe la mar sus risas azules: Aube, el francés creador de la “jeune école”; Montt, el chileno que luego llegó a la presidencia de la nación; Saldanha, el brasileño que, especialista en oceanografía, alcanzó luego el almirantazgo; Doenitz, el último Führer de Alemania...

¿Y escritores? Kipling, Blasco Ibáñez, Zamacois, Noel, Claudio Farrere...

Todo un mundo revive en la vieja foto de un Santa Cruz que se resiste a dejar de ser y que, por tanto, es símbolo de esa tradicional ligazón entre la ciudad—la isla toda—y su puerto, su puerta.
